

cuatro por tal punto á caballo, y así de varios pueblos, haciendas, y rancherías le fueron avisando sin interrupción. — Síganlos y avísenme adonde hacen pie. )

Por último, en la tarde del tercer día, todos vinieron á decirle que en el cerro de las Pitayas, entre Tiripitio y Tuzantla, estaban como ochenta hombres montados y armados, con aquellos correos comunicó sus órdenes, mandó á Angel su cuñado á prender la luminaria en la cima del cerro de la Culebra que era el toque de generala, compró cuantos sombreros de palma encontró en las tiendas de Jungapeo, y á las siete de la noche seguido del Chango con su clarín y Simón, ambos con sus tercios de sombreros acomodados en los caballos, partió atravesando cerros y cortando camino hasta llegar al pueblo de San Miguelito situado al otro lado del cerro de las Pitayas, allí estaban listos quince infantes y diez montados que los hizo ponerse con sombreros de petate y en pechos de camisa, pues fué el modo que le ocurrió de uniformar á última hora á los suyos, para que los infantes no fusilaran á sus mismos compañeros, mandó á los de á pie por lo más escabroso, él con su chamarra en la cintura y su sombrero de petate también, subió por otro lado, y el Chango por distinto rumbo con su clarín, se fué á situar al punto que le indicó.

Cuando comenzaban el *Rotito* con su segundo Justino el *Molinero* á formar su fuerza de ochenta y dos hombres, los sorprendió el silbido de las balas que les dirigieron los infantes, otra descarga de los diez que seguían al coronel los azoró más, y acabó de alarmarlos, los imponentes trompetazos del Chango que á su retaguardia tocaba á degüello. Montaron violentamente, y les gritó el *Rotito* : — Sobre la hacienda, sobre la hacienda, y allí nos haremos fuertes. En pelotones bajaron precipitándose por aquellos breñales, pero al entrar al carril una lluvia de balas les atajó el camino despedidas de las azoteas de la hacienda, cuadrilla y los corrales, allí dejaron ocho ó diez hombres tirados retrocediendo furiosos gritando : — Al pueblo, al pueblo, y se arrojaron sobre él ansiosos de encontrar guarida, pero aun no llegaban á la primera casuchita cuando de las cercas, milpas, huertas y jacales les empezaron á hacer un nutrido fuego que también los contuvo matándoles otros seis ó

siete. — Al cerro otra vez, gritó el *Rotito* lleno de rabia apurando á su caballo, pero al ir á media cumbre, otras descargas de los veinticinco hombres que tenía Astucia, los puso en la mayor confusión, y mucho más que saliendo de la hacienda y el pueblo tras ellos empezaron á tirotearlos después de despedazar á los que cayeron en sus descargas. Mirándose sitiados, no les quedó más recurso que coger todo el camino que con segunda intención se les dejó libre, partiendo á escape, y Astucia tras ellos, uniformando á los que se le iban agregando y aumentando sus fuerzas ó reemplazando á los fatigados, haciéndoles fuego por cuantos ranchos, haciendas y pueblos, atravesaban, matándoles algunos y lastimándoles á muchos. Parecía aquello día del juicio, por todos lados se oía el toque de alarma de las campanas, los estallidos de los fusiles, las desesperadas voces de los perseguidos que gritaban : — ¡ Ahí vienen, ahí vienen! y apresuraban á sus caballos, los entusiastasurras, silbidos y gritos de los perseguidores que decían llenos de gusto : — ¡ Ahí van, ahí van! y la imponente voz de Astucia que conteniéndolos mandaba : — Alto, alto, muchachos, vamos manguéándolos, cierren el rodeo, no habrán claro, déjenlos llegar á tierra colorada que solitos se encorralen. Alto, alto, tiren al bulto y acábenlos de azorar. Cerca de siete leguas los fueron correteando, hasta que tomando para la cantera del cerro de Ocurio, al entrar al huizachal de tierra colorada, sentó Astucia su caballo diciendo : — Ya cayeron en la trampa, ahora no se nos escapan mas que se vuelvan pájaros, déjenlos poseccionarse de la cantera, váyanse rodeando el cerro y tirándoles seguido para estarles llamando la atención. Remudó un tercer caballo porque uno le mataron los enemigos, otro se le estacó entre los breñales, y el último que montaba se le cayó de asoleado. Luego que uno de los *todos* le facilitó relevo se fué ocultando por los Chaparros hasta divisar con franqueza para el puerto, de repente se pegó una palmada en la frente y exclamó : — ¡ Con un demonio! los de Jungapeo no han ocurrido á cubrir su lugar, y esos bandidos tienen su retirada cubierta y protegida, adonde se hagan del puerto, todos se nos van y ni la burla me perdonan; el que quiera que me siga. Se tendió sobre el caballo y haciéndose pedazos entre los huiza-

chales destapó para el pie del cerro seguido únicamente del Chango y Simón, que también remudaron y dos de los de las haciendas, en medio de una lluvia de balas que los del cerro les tiraron hasta que se pusieron debajo de sus fuegos; faldeando á media rienda encumbró para el puerto hasta situarse en la presa de San Cristóbal y dijo: — Ahora sí estoy contento, nosotros cinco aquí valemos por quinientos, mira, Simón, arranca á llamar á aquella gente que está en la hacienda de San Miguel Ocurio, qué diablos hacen allí. Inter Simón fué á escape con aquella orden, los perseguidos refrescando sus caballos, arreglando sus sillas, y en la creencia de que ya estaban seguros, se entretenían en tirotear á los que los rodeaban y veían blanquear entre los matorrales. — ¿Quese nuestro capitán? dijo el *Molinero* luego que pudieron tomar resuello. — Yo lo vi caer con todo y caballo más acá de Laureles, le contestó uno. — ¿Y el sargento Galindo? — Ese cayó poco antes, dijo otro, lo mismo que el chueco Salinas. — Buena suaca nos han dado estos malditos, lo de menos era largarnos, pero esperaremos un poco á ver si llega el jefe.

Tan pronto como los de Jungapeo recibieron la orden, treparon para el cerro como borregos, los colocó Astucia en sus puntos, montó en el caballo de otro de sus amigos, porque el que tenía recibió un balazo en el pecho, y ordenó: — Se van avanzando en ala hasta descubrirse en la meseta, allí hacen una descarga cerrada al montón, y se siguen á paso de ataque á bayoneta calada hasta la orilla de la cantera, porque ó caen en las puntas de nuestras armas ó se desbarrancan y se los lleva judas. Bien distribuidos por él mismo cerca de noventa hombres, se fué por el centro siguiendo el movimiento, y luego que todos descargaron, arrancó él primero, espada en mano, batiéndolos muy de cerca, cerrándoles absolutamente la retirada y estrechándoles el terreno. Ellos que no esperaban ese ataque tan inesperado y brusco por su retaguardia primero que defenderse cada cual trató de montar á caballo y escaparse como pudiera, de modo que sin hacer mayor resistencia todos cayeron en la trampa, á los furiosos golpes de Astucia y la punta de las bayonetas de sus soldados, quedando aquello terminado á las dos de la tarde, en que en medio de muertos, heridos y rendidos

solo se veía el coronel en su caballo, hecha toda su ropa trizas; todo ensangrentado de los arañes de las espinas, con un balazo en el brazo izquierdo y un machetazo en el derecho que á última hora recibió en la refriega. Se quitó su sombrero de petate hecho chirlos, lo puso en la punta de la bayoneta de un fusil para que lo vieran todos los que rodeaban el cerro, y alzándolo por alto á guisa de bandera gritó con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡ Viva la gente honrada de Quencio! — ¡ Viva! repitieron mil voces resonando su eco de cerro en cerro hasta perderse en el espacio. — ¡ Mueran los ladrones y bandidos! — ¡ Mueran! también repitieron encumbrando unos y bajándose otros á la cantera donde cuatro, huyendo de la espada de Astucia, se dejaron desbarrancar matándose del golpe.

Alzaron su campo llevándose para Zitácuaro diez y ocho prisioneros, quince muertos, y diez y seis heridos, total cuarenta y nueve, con el fin de que reunidos llegaran á aquel sitio. En las casas consistoriales estaba el cura, el vicario, y otro eclesiástico confesando á los que pudieron recibir los auxilios espirituales, mientras que Astucia tirando seis pesos en el mostrador de la tienda del sol gritó: — Cuatro docenas de reatas, caballeros, y una de pilón; recógelas, Chango, y vénganse conmigo, muchachos, á parar vigas en el camino de México. Conforme iban acabando de confesarlos los mandaba fusilar y colgar en su viga ó árbol cercano, en el sitio que hasta hoy lleva el nombre de los "ahorcados", no faltaron compadecidos que fueron á rogar por ellos, y les decía: — Vds. elijan, yo he de llenar esos palos y ocupar estas reatas que he mercado, y me es igual colgar á esos pícaros ó á sus intercesores, todos mis valientes soldados han gritado conmigo: — ¡ Viva la gente honrada de Quencio, y mueran los ladrones y bandidos! pues vamos viviendo nosotros y que paguen sus infamias esos desgraciados holgazanes. Como todo lo dispuso con la energía que acostumbraba, á las seis de la tarde quedaron los cuarenta y nueve colgados, haciendo punta el *Molinero*, se depositaron los despojos, les dejó sus centinelas, mandó á catorce lastimados de los suyos para un salón del curato, donde dispusieron que se curaran; él montado en el cuarto caballo y con el traje con que estuvo desde la mañana, ensangrentado, herido y muy desgarrado,

hasta que no dejó todo concluido se fué á apear á la casa del Prefecto con sus criados también lastimados, y tomó una taza de chocolate, pues en más de veinticuatro horas no había probado bocado y estaba rendido de la desvelada, caminata y fatiga de todo el día.

- A la mañana siguiente en Tuzantla y San Gerónimo, se enterraron veintiséis cadáveres de los que quedaron muertos desde el primer encuentro de Tiripitio hasta cerca de Laureles, pues de toda la fuerza, sólo escaparon muy averiados siete hombres que en sólo cuatro caballos se reunieron en el cerro del Cacique, en donde hasta que amaneció pudieron ausentarse, no quedaron poco sorprendidos y aterrorizados al ver muy de cerca colgados á sus dignos compañeros. — ¡Adiós, compadre Justino! dijo el *Rotito Zárate* que era el principal de los que se retiraban, tómense ésa por guajes; arreen, muchachos, antes que otra cosa suceda, esta ha sido una empalmada y con planecito nós la echaron á la puerta, ya por estos rumbos no privamos. Y estuvo tan de malas que poco tiempo después con cosa de cuarenta hombres cayó él mismo en Puruagua, donde el señor Llata le dió su merecido. En la tarde se hizo el entierro de los ajusticiados que estuvieron veinticuatro horas á la expectación pública, todos los despojos los repartió el coronel entre los que se portaron mejor, puso un parte circunstanciado detallando los pormenores apoyados al Prefecto, y una exposición con más de cien firmas de los vecinos, en que le demostraban al gobierno su eterna gratitud por las acertadas disposiciones que había tomado en bien de aquellos pueblos que le eran tan adictos, protestándole que todo el valle de Quencio lo colmaba de bendiciones.

- Esto acabó de entompear no sólo al gobernador sino al congreso y á toda la capital del Estado; brincaba de gusto el gobernador de que el *Rotito* hubiera sufrido semejante descalabro, y no dejaba de enseñar á cuantos podía la exposición y el parte, que se imprimió de su orden en hoja suelta para darse la importancia de ser el autor de aquel triunfo de las armas del gobierno, recibiendo mil parabienes de sus aduladores, y para recompensar al jefe de la Seguridad Pública, á más de una comunicación muy honorífica autorizándolo para expedicionar

con sus fuerzas por los demás partidos y municipalidades, le remitió requisitado su despacho de coronel efectivo de caballería de las fuerzas activas del Estado, y una caja muy curiosa con las presillas, charreteras y banda de coronel con que el gobierno premiaba sus buenos servicios.

Aquel hecho de armas fué para Astucia el último golpe de remache que lo afianzó en su poder, es decir, en la capital no lo tenían por enemigo, en el valle se granjeó el aprecio y simpatía de todos sus habitantes, y á los macutenos infundió tal temor que ninguno volvió por aquellos rumbos á presentarse, y los vergonzantes de allí se ausentaron más que de prisa, pero al mismo tiempo por lo personal, lo puso en cuidado calculando que resentidos los demás compañeros de los que escarmentó, pudieran tomar una venganza valiéndose de alguna traición, por lo que procuró cuanto antes hacer más misteriosas sus estancias en el cerro de la Culebra, cañada de Capirio, y rinconada del Coporillo, en cada una de ellas tenía construída de madera y con bejucos enjarrados, una pieza amplia, su cocina y un gran jacal de dos naves que por un lado hacía de portal y por el otro cubría la caballeriza, teniendo los alojamientos bien abastecidos de comestibles, pasturas, y los muebles y trastes más precisos, custodiados por cuatro ó seis buenos perros que de allí no se separaban, y fueron los reemplazos del viejo Sultán que enterrado al pie de un zapote en Coporillo, no dejaba de causar algunos tristes recuerdos á su amo. Constantemente siguió andando por todo el valle retirándose á dormir á la estancia que le cogía más inmediata, de manera que nadie sabía cuál era su residencia.

En cuanto hubo fondos, después de establecer escuelas para niños y niñas, reedificó el puente de Tuxpam, en el que gastó cerca de cinco mil pesos, llegó á figurar hasta de cura, pues á él ocurrían con sus quejas las mujeres ó maridos que estaban en cuestiones domésticas. El juez de Letras estaba en jauja, percibía su sueldo bien pagado por no hacer nada, los criminales escasearon, y los pleitos civiles casi todos los transigía el coronel que mediaba en las partes contendientes que al fin se conformaban con nombrarlo árbitro arbitrador. Se empeñó en cortar una encarnizada cuestión de los vecinos de

Tuzantla con los de Jungapeo á causa del agua que siendo de los primeros, los segundos aprovechaban en sus labores, porque desde que los insurgentes que mandaba el general Rayon se hicieron fuertes en el cerro de Cooporo, los españoles para que no tuvieran agua potable destruyeron con cohetes más de cuatro mil varas de la atarjea de mampostería, hecha por los Jesuitas para conducir agua á sus haciendas de la Barranca y el Bosque, y por conveniencia de tener gente para sus trabajos del campo, les concedieron á los del pueblo de Tuzantla el uso del agua que necesitaran para sus tierritas y huertas particulares; cuando se trató de reponer la obra un arquitecto la calculó en año y medio de trabajo, y de cincuenta á sesenta mil pesos de costo, pues en el transcurso de los años, casi las siete leguas de caño, desde su origen hasta llegar al pueblo necesitaban reparación, y hasta las piedras habían desaparecido en varios puntos.

Reunió el coronel á sus *todos*, y con su modito suplicatorio y comprometedor, consiguió mucho más de lo que se propuso, unos le dieron cal, otros prestaron carretas con bueyes y arrea-dores, y no hubo uno de quien no sacara ventaja, los de los pue-blos ocurrían muy gustosos los domingos á trabajar en faenas al son de los tamborcitos con que cada cuadrilla se anunciaba, les pagaba el coronel medio día, les daba su obsequiada con zen-dechó, charape, colonche ó chinguirito, y avanzaba más en un día con el golpe de gente bien distribuida, que lo que en una semana no haría la misma arriada á jornal, se constituyó sobres-tante, y en seis meses, gastando de los fondos públicos diez y ocho mil pesos escasos, metió el agua á Tuzantla cortándose la cuestión de los pueblos, y más que todo el mal de buche ó rela-jación de garganta, que todas aquellas gentes padecían por be-ber el agua pútrida, que en unos inmundos aljibes muy mal construídos conservaban de la llovediza para tomar toda la seca. Después fué invadido el valle por la plaga de la langosta, que á pesar de haber todos hecho mil esfuerzos y sacrificios, no pu-dieron evitar el grave daño que generalmente causó en todas las sementeras, dando por resultado la falta de maíz, y que valiera á nueve y diez pesos el poco que se pudo cosechar, sufriendo los pueblos una carestía y necesidad espantosa.

El coronel que no se tentaba el corazón ni se acobardaba, se metió á maicero, compraba la semilla en tierra fría á siete y ocho pesos, y la menudeaba á los pobres á tres, que era á lo que podían pagarla con arreglo á sus escasos jornales, sacrificando veintidós mil pesos en favor de la clase menesterosa, obligando con su ejemplo á los hacendados, propietarios y ricachillos á que hicieran lo mismo con sus peones y demás operarios, de manera que el hambre sólo se asomó por aquel valle, y del mismo modo se precavía contra las pestes y demás plagas tem-porales. Naturalmente era el semi Dios de sus paisanos, no había fiesta, concurrencia, ni diversión ó frascas, en donde antes que todo fuera convidado el coronel, tanto contemporizaba con los pobres como con los ricos, y era el primer bullicioso y alegre en las reuniones, que muchas veces se improvisaban con su presencia en los pueblos y haciendas donde llegaba, todo estaba floreciente, mucho tráfico de los arrieros, comerciantes, gana-deros, y el tránsito tan seguro, que nadie tenía de qué quejarse; si alguno tiraba alguna prenda en el camino, el que la alzaba la colgaba en un árbol ó matorral, y allí se quedaba hasta que su dueño la recogía, porque la reata florideña del coronel infundía muchísimo miedo, y por fortuna jamás la llegó á es-tirar con ninguno, aunque á todos amagaba con ella cada vez que se ofrecía. Esto fué en compendio lo acontecido en los seis años largos que duró de jefe de la Seguridad Pública, respecto de sus hechos públicos.

En cuanto á lo político afrontó siempre los lances y voltere-tas de sistemas con sólo ardidés, estrategias y secretos de gabinete, como él decía en las reuniones de sus *todos*. El día menos pensado recibió una comunicación que le condujo un extraordinario, en que el gobernador le ordenaba que con su gente, á marchas forzadas se dirigiera á la capital á sostener al gobierno, porque el general Paredes, al marchar para México, podría tener gana de pasar á molestarlos. Se quitó las puntas diciendo que rodeado de enemigos, estaba en lucha encarnizada con ellos, que había reventado la explosión por allí cerca y se-guía ardiendo la mecha incendiando todo el valle, que el fuego de la revolución crecía haciendo pronunciarse á sus soldados, y pintó su situación tan comprometida, que hizo poner en más

alarma á los de Morelia, la revolución allí tomó incremento, y casi casi los mismos que figuraban en el poder, solitos se dieron por vencidos, y cada cual procuró como pudo salvarse y no quedar mal puesto, mudando residencia. Entronizando otro gobierno, lo primero que hicieron fué mandar con el nombre de jefe político á un sujeto de opinión conservador; desde que llegó á Tuxpam lo despachó el coronel con cajas destempladas, por algunas noticias vagas se sabía que tenía mucha fuerza, mandó una acta de adhesión al mismo sistema, y en fuerza de estratagemas se mantuvo neutral veintidós meses que sólo duró ese gobierno, pues el triunfo en favor de Santa-Ana lo derrocó en un instante. Entonces se presentó un comandante militar de aquel Distrito, nombrado por el comandante general del Estado, y sin mucha ceremonia corrió la suerte que el jefe político se retiró más que de prisa á la primera intimación de Astucia, que sosteniéndole que era adicto al partido, se agravó de que se le mandara relevo sin causa justa. Como ya ni en los libros de la comisaría figuraban entradas del valle de Quencio, no les llamó la atención por lo pronto, luego le hicieron un extrañamiento, y contestó que desde muy atrás, la fuerza de la Seguridad Pública del valle, sólo se sostenía por superior disposición, de las entradas del mismo, hubo que consultar, y después de mucho tiempo transcurrido, se fueron apareciendo trescientos hombres, les marcó el alto presentándose el mismo Astucia como ayudante de su coronel, con una comunicación para el jefe de la expedición, en que le pedía explicaciones del motivo de su visita; simplemente contestó que lo habían mandado á ver en qué estado se encontraba el Valle, y que expedicionara por él, cuando no era sino á destituirlo del mando de las armas, y llevárselo preso para Morelia.

Le dejó libre el paso, amonestado de que lo batiría con sus fuerzas si acaso sus soldados cometían algunos excesos, anduvo por el valle aquella fuerza diez y ocho días, entró muy entusiasta y alegre, y salió diezmada y contagiada, muchos con fríos y calenturas, y casi todos picados de las turicatas, alacranes, el jejé, el pinolillo, niguas, y cuanta plaga causa perjuicio á los extraños á la tierra caliente, volviendo á Morelia á decir: — No encontré á nadie, con ninguno me he batido, y

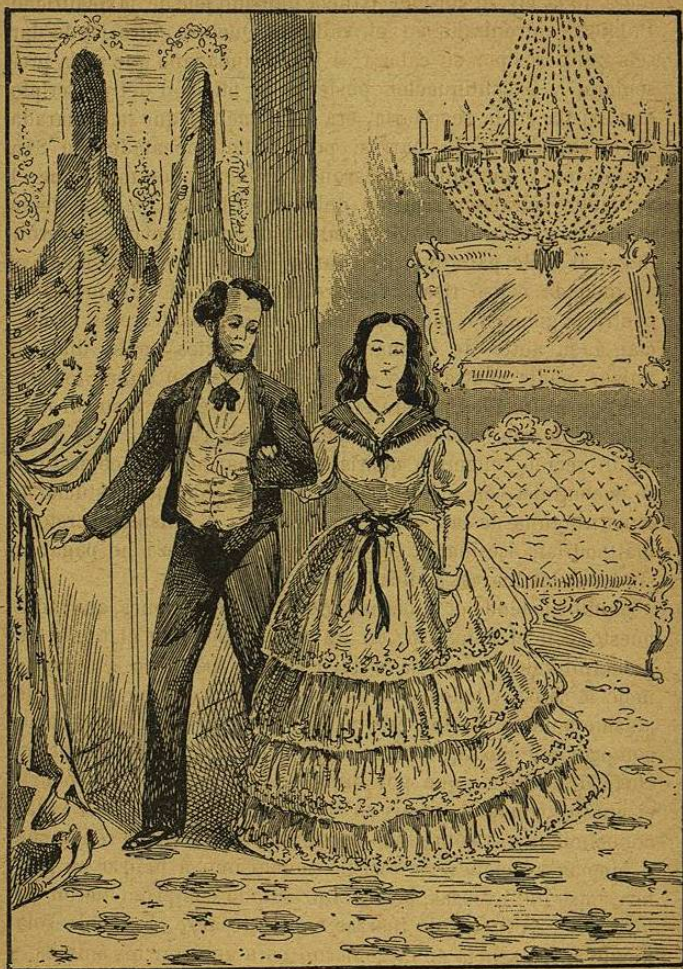
tengo cerca de cien hombres de baja en el cuerpo, y de alta en el hospital. Con diferencia de algunos meses también cayó el gobierno militar, y volvió á entronizarse el sistema federal, haciéndose dueño de la situación el mismo señor gobernador, que sumido las dos épocas anteriores, sólo estaba espiando el momento oportuno de volver al poder, es decir, con Astucia y reflexión, aprovechar la ocasión.

Luego luego ofició para el valle reconviniéndole al coronel Astucia su falta de patriotismo, por no haber ocurrido con sus fuerzas á sostener al gobierno cuando necesitó de su apoyo, mandándole que se presentara á recibir órdenes, y que entretanto entregara el mando á la persona que por su orden iba á reemplazarlo. Le contestó enfadado, que se fuera á ondear gatos de la cola, que él firme en su propósito había sido el único que manteniendo los principios liberales se había conservado en su puesto, sosteniendo á las autoridades que desde aquella fecha figuraban, y no se había dejado dominar por ningún otro partido, por último, que sostenida la fuerza de Seguridad Pública del valle por sus propios fondos, y formándola toda la gente honrada que lo reconocía como á su jefe, siguiera su ejemplo para sostenerse en el poder y no fuera á dar otra machincuepa, que tuviera la bondad de no acordarse de los moradores del valle, y que él le aseguraba bajo su palabra de honor, que si no recibía entradas de dinero, tampoco le exigirían nada ni le harían la guerra para derrocarlo.

Al enviado lo hizo andar tonteando por lo más interno y mortífero, hasta que fastidiado se largó sin haberle visto la cara, ni tener á quien entregar las órdenes que llevaba, después de doce días de buscarlo. En vano procuró el gobernador emplear cuanta astucia tenía para destituir á Astucia, su astucia se estrellaba contra la astucia de Astucia, y no teniendo fuerzas competentes para destituirlo por la fuerza; encaprichado en dominarlo ó quitarlo de en medio por su descaro; considerándolo como insurgentado y que trataba de emanciparse y fornar su rancho aparte para hacerse independiente, cometió la más grande torpeza que sólo el diablo pudo sugerirle, expidió un decreto en uso de las facultades extraordinarias que el congreso le confirió, declarando por traidor al Estado y

fuera de la ley, al coronel Astucia llamado jefe de la Seguridad Pública, entronizado en el valle de Quencio, ofreciendo dar seis mil pesos por su cabeza al buen ciudadano que se la presentara, y á continuación pusieron la filiación del proscrito que existía en la secretaría, era nada menos que la declarada en el expediente de marras, por los entompeatados en San Victoriano y que entompearon al gobierno, de modo que el verdadero retrato en relación del pobre Chango, llegó á verse escrito con letras de molde y multitud de ejemplares hicieron llegar al valle para que circularan. Entre la gente media y acomodada causó risas, y entre la pobre un odio marcado, contra el gobierno, pues haciendo pedazos los decretos maldecían á su autor de la manera más enérgica en su dialecto vulgar, nadie se atrevió, y ni siquiera pensaron ganar los seis mil pesos ofrecidos, tal era el amor que le tenían á su coronel, además de que el decreto mismo se contradecía, y si acaso algún secreto enemigo quería aprovechar aquella coyuntura, se encontraba con el obstáculo invencible de que Astucia no tenía ninguna de las señas que indicaba el mismo decreto, y mal podrían asesinar á un hombre cuya cabeza no pagarían sin tener las marcas indicadas.

Siguió haciendo el gobernador tantas aberraciones, que indispuesto con el congreso, en un tris estaba que el timón del gobierno volcara á la nave del Estado, y por poco se compromete la causa y todos se sumergen en el profundo piélago del abismo político. En tan crítica situación, lo hicieron renunciar comprometiendo á que lo sustituyera el presidente de la suprema corte de Justicia, que por ministerio de la ley debía ocupar el puesto, confiando todos en su lealtad al sistema, sus vastos conocimientos, y sobre todo en su muy bien sentada reputación y buenas relaciones. Se resistió muchísimo á figurar en política, puso mil excusas, pero al fin tanto lo comprometieron que á su pesar, á fuerza de fuerzas entró al cargo, bastando solamente su presencia en el gobierno para aquietar los ánimos, y empezar á uniformarse los poderes, marchando los negocios sin tropiezos, enemigo de remociones, todos los empleados quedaron en sus puestos, y pagándoles con puntualidad los hacía cumplir con su deber, y todo andaba listo. Al reglamentar el ramo



No para servirme, sino para ampararme...

de Hacienda, naturalmente extrañó las entradas del valle, pidió antecedentes, y no tuvieron que darle más que el expediente que obraba en la secretaría, el asunto no era cualquiera cosa, aquello no le ministraba más que dudas. Mandó al secretario escribir al coronel Astucia noticiándole su nombramiento de gobernador, y contestó ofreciéndose á su obediencia, dándole la enhorabuena, con las protestas más sinceras.

Los antecedentes que había en el gobierno eran absolutamente contrarios á aquella muestra de sumisión y respeto, se informó de algunos amigos, le dieron muy buenos informes del coronel, y el hombre luchando entre las dudas, quiso aclarar por él mismo aquel enigma, y en cuanto tuvo un poco de desahogo, facultado por el congreso para el arreglo de ese negocio, emprendió hacer una visita al valle, escoltado por cincuenta hombres que aumentó á cerca de trescientos, con los que fué recogiendo en su travesía de los destacamentos de los partidos. Cortemos aquí la carrera política del coronel Astucia, y vamos á la vida privada de Lencho, ó sea Lorenzo Cabello.